

VIII

Recorrió todas las fases de su fortuna con el estoicismo de un príncipe que no pide á su patria más que el título de ciudadano, y á la república el honor de morir por ella. Murió sin dirigir una queja á esta causa, y como si la ingratitud de la república fuese la corona cívica de sus fundadores. Se habia desde entónces desprendido de su rango y entregado enteramente al pueblo, ó como servidor ó como víctima. Desgraciadamente para su memoria, se dió como juez en una causa en que la naturaleza le recusaba. Hiriéndole el pueblo, le castigó ménos severamente que la posteridad.

Si alguno siguió como un ciego, pero invariablemente y con constancia, la marcha de la revolucion hasta su término y sin preguntar adónde conducia, fué el duque de Orleans. Fué el Edipo de la familia de los Borbones. Hombre débil, pariente culpable, irreprehensible patriota y suicida de su fama, realizó en él el dicho de Danton: «¡Perezca nuestra memoria, y que la república se salve!» Cobarde si hizo aquel sacrificio á su popularidad, cruel si lo hizo á su opinion, odioso si lo hizo á su ambicion, él se ha llevado el secreto de su conducta política ante Dios. En la duda de sus motivos, la historia puede dudar.

Hay en los movimientos de una revolucion una grandeza que se comunica á los caracteres, y que agranda alguna vez á las almas más vulgares en proporcion de los acontecimientos de que participan. Los hombres ligeros y corrompidos al principio de la accion, se vuelven poco á poco serios adictos, y trágicos como el pensamiento que los envuelve y los eleva en su torbellino. El duque de Orleans fué tal vez uno de estos hombres. Su vida, desordenada al principio, manchada al medio y trágica al fin, empezó como un escándalo, prosiguió como una trama, y acabó como un acto de resignacion. Lo mismo que Bruto, su modelo y su error, quedará eternamente problemático á los ojos de la posteridad. Pero ésta sacará una gran leccion, y es que cuando la opinion y la naturaleza luchan en el corazon de un ciudadano, es la naturaleza la que es necesario escuchar, porque la opinion se engaña con frecuencia, y la naturaleza es infalible. Por otra parte, las faltas que se cometen contra la opinion, las perdona el corazon humano, y algunas veces las admira; pero las faltas que se cometen contra la naturaleza, Dios las reprueba, y los hombres no las perdonan jamás.

LIBRO CUARENTA Y NUEVE.

La república en el interior y en el exterior.—Carnot.—Situacion de los coligados.—Muerte del general Dampierre.—Inglaterra.—Pitt.—Dunkerque sitiada por el ejército inglés.—Houchard general en jefe del Norte.—Jourdan.—Hoche.—Levasseur y Delbrel representantes del pueblo.—Batalla de Hondschoote.—Liberacion de Dunkerque.—Houchard sentenciado y ejecutado.—Le reemplaza Jourdan.—Batalla de Wattignies.—El representante Duquesnoy.—Levantamiento del bloqueo de Maubeuge.—El general Chancel muere en el cadalso.—Pichegru manda el ejército del Rhin, y Hoche el del Mosela.—Antecedentes de estos dos generales.—La Vendée.—Lyon y Toulon.—Descripcion de Lyon.—Su poblacion.—Sus costumbres.—Sus tendencias.—Chalier.—Su educacion.—Su juventud.—Asesinato de los prisioneros.—Turbulencias de Lyon.—Las secciones toman las armas.—Madinier.—Las secciones victoriosas.—Sentencia y ejecucion de Chalier.—Lyon pasa de la resistencia á la rebelion.—Chasset y Broteau se refugian en Lyon.—Comision popular.—Trabajos y preparativos de defensa.—Mr. de Precy nombrado comandante general por los lyoneses.—Mres. de Chenelette y de Virieu.—La Convencion encarga á Kellermann el bloqueo de Lyon.—Sitio y bombardeo de esta ciudad.—Defensa desesperada de los lyoneses.—Doppet reemplaza á Kellermann.—Lyon reducido al último apuro.—Retirada de los sitiadores.—Derrota de la columna mandada por Mr. de Virieu.—Desaparicion de éste.—Se divide la columna de Mr. de Precy.—Es diezmada y destruida.—Mr. de Precy, fugitivo, consigue refugiarse en Suiza.

La república ganaba en los campos de batalla el terreno que perdía en los cadalsos con semejantes acontecimientos. A medida que era más terrible en el interior, era más formidable en el exterior. Sus fronteras, atacadas en el Norte, le inspiraban más patriotismo que espanto. Todas las medidas para el levantamiento en masa y armamento general se ejecutaban con orden y prontitud. Carnot, á quien con razon llamaban el *Lowcois* del Terror, tenia su cuartel general en el comité de salud pública. Carnot, desde la muerte de Custine, era el verdadero generalísimo de los ejércitos de la república. Estos ejércitos, esparcidos, prisioneros en los campamentos, fortificados detras de las líneas de atrincheramiento, sin confianza en sus jefes, sin cohesion entre sí mismos, sin otra táctica que una resistencia pasiva, empezaban á adquirir de nuevo, con su union, la fuerza y la movilidad, que dan la victoria. El genio de la revolucion, revelado á Carnot y á sus colegas del comité por los mismos apuros de la patria, inventaba la guerra moderna, es decir, la guerra popular. Hasta entónces la guerra habia sido un arte, y las campañas evoluciones sábias en que la habilidad de los generales consumia el tiempo en maniobras estratégicas y en la toma de algunas plazas. Carnot la convirtió en un instinto. Desdeñó aquellas pueriles tácticas, y las cambió en una táctica soberana. Esta táctica consistía en llevar á un pueblo sobre la frontera, á marchar recto y pronto, á herir en el corazon, á descuidar los pequeños lances y la pérdida de algunos pueblos en cambio de grandes resultados, y á excitar el

entusiasmo por la disciplina y dar la victoria por santo á los ejércitos y á los generales. Este sistema no tardó en afirmar nuestros batallones y en desconcertar á nuestros enemigos.

II

Nunca la debilidad de los coligados apareció mayor que en las campañas que se siguieron á la de 1792. Los gabinetes y los generales de Europa parecia que ignoraban el precio de dos cosas que los hombres de guerra deben disputarse ante todo: el tiempo y el movimiento. Se ha visto con cuánta lentitud Austria, Prusia y el imperio habian formado sus contingentes armados en 1791, y con qué dudas, más semejantes á traiciones que á prudencia, el generalísimo duque de Brunswick habia abordado el territorio y explorado el ejército de Dumouriez. Si el duque de Brunswick, y despues de él el príncipe de Coburgo, hubiesen tenido por instruccion secreta ejercitar y aguerrir poco á poco al ejército frances en maniobras y escaramuzas que le hiciesen capaz de vencerlos un dia, no hubieran seguido otro sistema. En lugar de sorprender á Francia desarmada y dividida, de marchar en columnas de ciento ó doscientos mil hombres sobre Paris, por uno de esos numerosos boquetes que la naturaleza ha abierto en nuestras fronteras en los valles del Rhin, ó por las llanuras del Norte, estos generales habian empleado diez y ocho meses en consejos de guerra, en armamentos insuficientes y en tímidas probaturas, no oponiendo casi nunca á nuestros batallones sino batallones en número igual ó inferior, y no avanzando sino para replegarse, como si Francia hubiese sido un terreno ardiente que debia quemar los piés de sus soldados y de sus caballos. El genio de la libertad debia tales enemigos á la revolucion. Unos aliados secretos no le hubieran sido más útiles.

La rivalidad de los gabinetes no contribuyó ménos que la falta de genio de los generales para hacer ganar tiempo á Francia. Ningun concierto formal existia entre ellos; ninguna de las potencias queria ayudar demasiado á la otra á vencer. Todas temian la victoria, tanto y acaso más que la derrota, limitándose sólo á guardar el decoro de la guerra contra nosotros, á defender sus territorios y amenazar aquí ó allá alguna de nuestras plazas, ó combatir una á una por ejércitos aislados y nunca reunidos; dejando á Dumouriez volar, con sus mejores batallones, de Champaña libertada á Bélgica conquistada; viendo caer el trono, juzgar al rey, surgir la república, inmolar á la reina, estallar las explosiones de Paris hasta en sus tronos, sin reunirse por el peligro comun. ¿Y por qué esta diferencia entre la coalicion y Francia? Porque el entusiasmo levantaba á Francia, y el egoísmo encadenaba á los miembros lánguidos de la coalicion. Francia se levantó, combatió y murió por el principio de libertad, cuya santidad conocia en su causa, y de la cual queria ser el apóstol y el mártir.

Si la coalicion, sacrificándose por el principio de la monarquía, con el sentimiento desinteresado de pueblos y de gabinetes que defienden otro orden social, hubiese puesto su causa general por cima de sus intereses de corte, la lucha hubiera sido más terrible, y puede ser que la causa de la monarquía hubiera triunfado. Pero el interes general de los tronos no era, en el lenguaje oficial de la coalicion, sino una palabra que ocultaba las rivalidades en Alemania y las ambicio-

nes territoriales en Francia y Polonia. Cada una de las potencias impulsaba ó retenia á la otra por sus miras particulares, y con frecuencia pérfidas. Todas tenian otro objeto que sofocar la revolucion de Paris. De aquí la incoherencia, los miramientos, las demostraciones sin efecto, las retiradas sin motivo, las marchas sin objeto, los combates parciales, y en fin, la vergüenza comun. No es dado al egoísmo producir milagros de abnegacion. Las ambiciones hacen á los soldados: sólo los principios hacen á los héroes.

III

Polonia, destrozada por sus últimas disensiones, tocaba á una segunda particion. Rusia, Prusia y Austria, más atentas á Polonia que á Francia, se vigilaban mutuamente sin cesar, para impedir que una de estas tres potencias se apoderase sola de la presa, mientras se distraian las otras. Rusia, so pretexto de observar á los turcos y de ahogar la revolucion en la Polonia Meridional, no envió su contingente á la coalicion, limitándose á tener una escuadra en el Báltico para impedir que los neutrales llevasen socorros de víveres y hierro á los puertos franceses. La política de la corte de Viena estaba amortiguada por el baron de Thugut, recientemente nombrado primer ministro.

El baron de Thugut, hijo de un armador de Lintz, señalado por sus facultades precoces por María Teresa, educado por ella en la diplomacia, largo tiempo empleado en negociaciones secretas en Constantinopla, en Varsovia y en San Petersburgo, habia residido en Paris durante las tempestades de la revolucion. Probó los principios, conoció á los autores, y pasaba por haber respirado en aquel foco político los miasmas contagiosos de la filosofía y de la libertad. Thugut, que estaba afiliado en las sociedades secretas como el duque de Brunswick, no queria extinguir, pero si moderar el fuego de la revolucion que en Francia germinaba para el mundo. De acuerdo en esto con José II, aquel emperador filósofo, habia pasado del servicio de este príncipe al de Francisco II, príncipe antirevolucionario.

Thugut, para adular al novel emperador, habia aconsejado la guerra á Francia, pero habia hecho nombrar para dirigirla al príncipe de Coburgo, del todo sumiso á su oculta direccion. Thugut contenia la guerra al mismo tiempo de declararla.

Desde la victoria de Nerwinde, el gabinete de Viena y el príncipe de Coburgo se ocupaban en afirmar la dominacion austriaca en Bélgica más que en proseguir sus victorias en Francia. Dampierre habia sucedido á Dumouriez. Habiendo recibido la órden de la Convencion para atacar al ejército austriaco, acampado entre Maubeuge y Saint-Amand, Dampierre obedeció sin esperanza y marchó contra el enemigo, cubierto por bosques, talas y reductos. Cinco veces nuestras columnas de ataque retrocedieron en desorden delante de Clairfayt, el más enérgico de los generales de Coburgo. Al sexto ataque, Dampierre, puesto á la cabeza de un destacamento de preferencia, se lanzó á caballo sobre un reducto. «¿Adónde vais, padre mio?—le gritó su hijo, que le servia de ayudante de campo.—Vais á una muerte inútil y segura.» «Sí, amigo mio,—le respondió su padre;—mas prefiero morir en el campo del honor, á caer bajo la cuchilla de la guillotina.» Apénas el general habia proferido estas palabras, cuando una bala de cañon le llevó una pierna y le arrojó moribundo sobre la arena.

IV

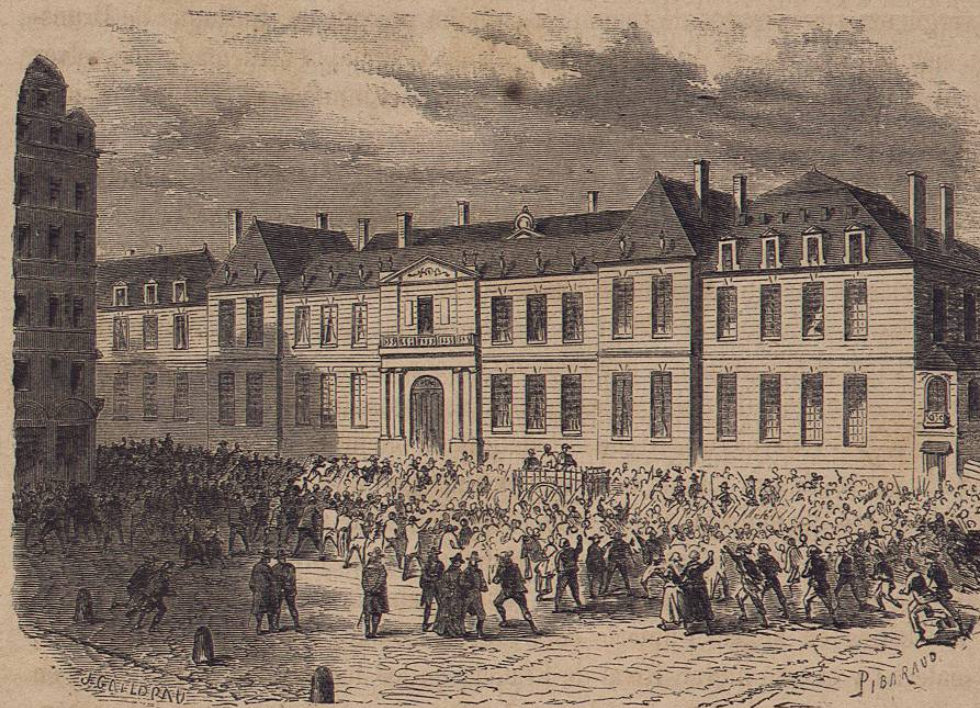
El príncipe de Coburgo, estimulado en vano por Clairfayt y por el duque de York, que mandaba el ejército anglo-hanoveriano combinado, no persiguió al ejército francés, y le dejó tomar tranquilamente la fuerte posición del campo de César. En doce días los coligados hubieran podido acampar sobre la altura de Montmartre. Austria no quería ni vencer demasiado ni ser demasiado vencida; Prusia lo quería menos aún. Únicamente ocupada en rebajar en Alemania la influencia de Austria, en roer al imperio por un lado, en asimilarse á Polonia por otro, el gabinete de Berlín seguía la misma política que le había hecho lanzarse tímidamente y retirar con vergüenza sus ejércitos de Champagne el año precedente. El duque de Brunswick, siempre á la cabeza de las fuerzas prusianas, se había contentado con volver á tomar á Maguncia. Imponente, numeroso, pero casi inmóvil, el ejército prusiano estaba en observación más que en campaña.

El rey de Prusia, con los ojos vueltos hácia Polonia, estaba en su campo. Lord Beauchamp, negociador inglés, fué de Londres para poner un término á la indecisión de este príncipe y hacerle firmar un tratado de alianza con Inglaterra. Las dos potencias se garantizaban respectivamente sus Estados contra Francia.

Entre tanto, habiendo tomado á Condé el príncipe de Coburgo y declarado que lo ocupaba por el emperador y por derecho de conquista, el gabinete prusiano se indignó de ser engañado por los designios ambiciosos de Austria y de Inglaterra, y meditó nuevas defecciones. Algunas palabras de inteligencia y algunas combinaciones de paz mediaron más de una vez entre los generales franceses Biron y Custine y el agente confidencial del rey de Prusia, el hábil é insinuante Lucchesini. Se combatía como pueblos que debían reconciliarse bien pronto.

De repente el rey de Prusia partió inopinadamente para Polonia. Inglaterra sola se obstinó en luchar á muerte contra Francia. Para esto tenía dos motivos, uno material y el otro moral. Rival de Francia en los mares, en las colonias y en las Indias Orientales, disputando á los navíos franceses la navegación y el comercio marítimo, la destrucción de la marina francesa y la ocupación de nuestros puertos en el Mediterráneo ó en la Mancha eran para ella una ambición muy natural y un rico despojo de la guerra para que no lo ambicionase. Por otro lado, aunque las teorías liberales establecen en los espíritus pensativos de los dos pueblos una especie de fraternidad y solidaridad, no obstante, como la libertad francesa se anunciase una vez más como enteramente democrática, el instinto de la aristocracia británica se indignaba y se espantaba del ejemplo de una democracia victoriosa que quería pasar sin aristócratas, así como sin reyes. Esta aristocracia británica se reconocía atacada en su principio. Indiferente ántes á la caída del trono y á las humillaciones del rey, la república le era odiosa desde que Francia pretendía coronar la soberanía del pueblo. Las doctrinas de los jacobinos le parecían blasfemias contra las instituciones hereditarias de la Gran Bretaña. El triunfo de aquellas doctrinas en París y sobre el continente era á sus ojos la subversión de toda sociedad conocida. Inglaterra inspiraba sus terrores y su aborrecimiento á toda Europa, formando del mundo un cordón sanitario alrededor de aquel foco de igualdad. Anudaba y deshacía continuamente la madeja, siempre floja y con frecuencia rota,

de la coalición. Mr. Pitt, que fué para su país el genio personificado de la aristocracia, era allí omnipotente, porque era el primero que había comprendido sus peligros. En vano la oposición más declamatoria que sólida de Mr. Fox y de sus amigos persistía en censurar la guerra y en disputar los subsidios. La opinión británica abandonaba á aquellos amigos obstinados de la revolución francesa, desde que esta revolución mataba á sus reyes y á sus reinas y proscribía á sus primeros ciudadanos. Robespierre desacreditaba á Fox. La guerra contra Francia perdía á los ojos de los ingleses el carácter de guerra de ambición ó de guerra política, y se convertía en guerra social. Mr. Pitt lo obtenía todo, porque pasaba por querer salvarlo todo.



El duque de Orleans conducido al cadalso. — Pág. 168.

V

La red de las alianzas contrarrevolucionarias de Mr. Pitt se extendía ya á todo el continente. Este ministro tenía por aliados á España, arrancada al pacto de familia por el destronamiento de los Borbones de Francia; á Rusia y á Holanda, que le respondían de Suecia y Dinamarca; á Prusia, empeñada por el tratado del 14 de Julio último; al Austria, el imperio y la mayor parte de los príncipes independientes de Alemania, Nápoles, Venecia, y á Turquía en fin, que había rehusado á instancia suya recibir al embajador francés Semonville. Los mismos cantones suizos, y sobre todo Berna y los pequeños cantones, trabajados por sus agentes é irritados por los asesinatos de los desgraciados hijos de Suiza el 10 de Agosto y el 2 de Setiembre, hacían detener á los enviados franceses Maret y Semonville sobre el lago Mayor, y los entregaban al Austria, que los encerró en sus casamatas. Así, á pesar de las envidias interiores de la coalición y del antagonismo